

ADMIRACIÓN Y RECEPCIÓN LITERARIA (EPISTOLARIO DE EDUARDO RANCH Y PÍO BAROJA)

CECILIO ALONSO
Universidad de Valencia

Poco se ha escrito acerca de la admiración literaria como sostén de una particular expectativa que convierte a lectores muy receptivos en difusores incondicionales del culto a sus escritores predilectos. Remedando a Bachelard ¹, la admiración es privilegio que concierne al lector y a su participación hedonista en el júbilo de la creación, a diferencia de la actitud crítica siempre abocada al juicio severo y a la fijación causal de los valores.

La corriente simpática que desencadena la admiración es unilateral y aparece como una faceta más del ejercicio imaginativo auto-identificador que todo proceso de lectura conlleva. Si la admiración se manifiesta desbordante e impudorosa, es natural que el admirado se defienda del asedio evitando encontrarse con quien trata de invadir su recato creativo y cuyo entusiasmo inopinado puede rozar la impertinencia. Si, por el contrario, la admiración se muestra en forma de modesta y demorada curiosidad es posible que venza resistencias y fragüe en alguna especie de amistad. En

¹ «... La simpatía en la lectura es inseparable de la admiración. Se puede admirar más o menos, pero siempre es necesario un impulso sincero, un pequeño impulso de admiración para recibir el provecho fenomenológico de una imagen poética. La menor reflexión crítica detiene este impulso, situando al espíritu en posición secundaria, lo cual destruye la primitividad de la imaginación. En esta admiración que rebasa la pasividad de las actitudes contemplativas, parece que el goce de leer sea reflejo del goce de escribir como si el lector fuera el fantasma del escritor». Gaston Bachelard, *La poética del espacio*; trad. de Ernestina de Champourcin, 2.^a ed. México: F.C.E., 1975, pp. 17-19.

todo caso, en esto de la admiración literaria la iniciativa corresponde al lector: de ahí que el interés de las relaciones entre una destacada personalidad artística y un oscuro interlocutor epistolar pueda revelar en éste los aspectos más sugestivos de las mismas.

Las *Memorias*² de Pío Baroja mencionan repetidamente a un casi desconocido Eduardo Ranch a quien se llama *amigo* sin que su figura se haga mayormente perceptible. Corresponsal impreciso y lejano, nada se ha escrito sobre él. Algo, muy poco, a partir de un vestigio insoslayable y fecundo de su discreto paso por el mundo de las artes: su Biblioteca-Archivo que todavía a veintisiete años de su muerte custodian diligentemente sus hijos en Valencia, a disposición de investigadores de la música y de la literatura españolas³.

EL PERFIL DE UN LECTOR INCONDICIONAL

Eduardo Ranch Fuster (Valencia, 1897-1967) fue un hombre muy condicionado por responsabilidades económicas ante imperativos hereditarios que no iban con su temperamento. Su familia tenía intereses agrícolas en La Vilavella de Nules donde transcurrió gran parte de su infancia. Cursó estudios de Bachillerato en Castellón y muy pronto se inició en los musicales que, desde 1913, continuó en el Conservatorio de Valencia donde estudió piano y composición. Muertos sus padres, desde los dieciocho años quedó en compañía de su madrina, Pura Nittel Biterlich, pariente materna y último eslabón de una familia austríaca emigrada a Valencia a comienzos del siglo XIX⁴. La responsabilidad moral de hacer frente a las obligaciones patrimoniales —por otra parte, garantía de una vida acomodada— pesó negativamente en su libre disposición para las actividades artísticas a las que se sentía llamado. Muy conocedor de sus limitaciones, Eduardo Ranch rehuyó protagonismos pero mantuvo siempre la ilusión de contribuir con sus aficiones

² Pío Baroja, *Desde la última vuelta del camino. Familia, infancia y juventud*, 5.ª, XV y XVI. *Galería de tipos de la época*, 1.º, XIX, y 3.ª, XIX.

³ Véase Rodney T. Rodríguez y Amparo Ranch Sales, «La Biblioteca romántica de Eduardo Ranch». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. LXVIII. 1992, pp. 269-292.

⁴ Datos biográficos tomados de la Memoria inédita de Amparo Ranch, *Eduardo Ranch Fuster. Musicólogo y bibliófilo*. (Archivo familia Ranch). También la carta de E. Ranch a P. Baroja, 21-12-1942.

predilectas —música y literatura— a mejorar la sensibilidad de sus conciudadanos. Colaboró con la Sociedad Filarmónica de Valencia, trató a Ravel, Falla, Respighi, Glazunoff, y mantuvo una gran amistad con el maestro Lamote de Grignon. Valencianista pero abierto sin reticencias a una cultura lingüística dual —capaz de repartir su íntima admiración entre los Baroja, Azorín y Unamuno y los Josep Pla o Ernest Martínez Ferrando— desempeñó su papel de propietario naranjero muy a su pesar, convertido en el *señorito de Rank*, mencionado vagamente por Manuel Vicent como uno de los nebulosos pobladores de su universo infantil en su reciente *Contra Paraíso*⁵.

Ranch fue un hombre conciliador, nada proclive a saltar en el vacío: sin haber roto con el 98 en sus lecturas y devociones literarias, no menos identificado con el intelectualismo del 14 (su amistad con José Subirá lo confirma), se asoció por edad a una vanguardia valenciana, indecisa y tardía, escindida entre la estética cosmopolita y la recuperación nacionalista, fatalmente atrapada en la práctica restrictiva de modernizar el costumbrismo regional para potenciar la lengua vernácula. En esta difícil tarea aparece junto a Carles Salvador, Francesc Almela i Vives, Artur Perucho, Adolf Pizcueta, los hermanos Martínez Ferrando, Enric Durán i Tortajada, etc. en la más notable de las revistas renovadoras de su ciudad —*Taula de lletres valencianes* (1928-1930)—. En sus colaboraciones, Ranch no se mostró ajeno al debate sobre la eficacia política de las vanguardias, al que aportó notas sociales, pacifistas y feministas que lo sitúan en posiciones rehumanizadoras, sin discrepar de Ortega (a quien consideraba abusivamente interpretado como supuesto orientador de la deshumanización del arte). Se sentía un hombre de la post-guerra europea, impulsado por una cándida filantropía sin ningún arrebato radical. Fiel a los reclamos de la modernidad, creía que las armas más poderosas del artista —intuición y amor— debían contribuir para «eternizar... en la carne y el espíritu» los grandes conflictos colectivos e individuales sin renegar de la historia. Proponía evitar la «vía muerta» del vanguardismo intrascendente para afirmar otro

⁵ Manuel Vicent, *Contra Paraíso*. Barcelona: Destino, 1993, p. 175. La casa de los Bitterlich en Vilavella era conocida desde muy antiguo como la del *Sinyoret*, y se daba este nombre *velis nolis* a los sucesores dueños y habitantes de la misma. Cf. Eduardo Ranch, «Carta de un cuarentón adelantado al "Setentón" de "Las Provincias" sobre unos valencianos bohemios». *Valencia-Atracción*, 132. enero 1946, p. 4.

que reflejara las inquietudes y anhelos éticos del espíritu nacido de la guerra europea y de la revolución rusa, mejor expresado —a su juicio— por los Unamuno, Remarque, Romain Rolland, Gladkov, Barbusse, etc., y definido en «sentido amplio de juventudes literarias con un fuerte ideal»⁶.

Eduardo Ranch que, durante años, ejerció la crítica musical en diversos medios periodísticos y radiofónicos valencianos, eludió la creación literaria en su labor de publicista, si exceptuamos algunos raros poemas en catalán y alguna delicada prosa viajera⁷. Domina en ellos como rasgo de su carácter el desajuste melancólico entre la emoción artística, intuitivamente sentida, y el sentido de la realidad que acaba por prevalecer.

En 1934, se trasladó a Madrid para incorporarse como profesor de música a la Escuela Internacional Plurilingüe, de raíz institucionalista, que dirigía su amigo el profesor valenciano Vicente Llorens Castillo. Allí tuvo por compañeros al poeta José Antonio Muñoz Rojas y a Rosalía Martín, esposa de Alejandro Casona; entre sus educandos se hallaban Solita Salinas Bonmatí y los hijos de Andrés Segovia. Con el idealismo de quien todavía se resistía a adaptar sus más íntimos anhelos a la pesada carga de sus negocios agrícolas, fue aquella aventura el canto de cisne de sus ilusiones, definitivamente acalladas por la guerra civil. En este período se inicia su amistad con Pío Baroja, a quien visitó por primera vez en su casa de la calle de Mendizábal en 1934.

Desde aquel momento Eduardo Ranch se sintió una especie de corresponsal barojiano en tierras valencianas. Aquejado de pesimismo y melancolía durante la guerra, sufrida oscuramente en la retaguardia «feliz» dominado por síndromes inhibitorios, encontró puerto firme y conocido en la obra de Baroja, que leía desde su adolescencia, como si su frustración íntima y nacionalista lo impulsara, bajo un deje de romanticismo nostálgico, al estado de desolación universal reinante en el mundo barojiano. En consecuencia, creció una persistente identificación en forma de amistad sostenida por vía epistolar que llegó a sorprender e interesar al escritor.

⁶ Eduard Ranch, «L'altre avantgardisme», *Taula de Lletres Valencianes*, 27, p. 5. Desembre, 1929.

⁷ Véase en *Taula de Lletres Valencianes*: «Poemes» (35, p. 14. Agost, 1930); «Un record de París» (26, pp. 5-6. Desembre, 1929); «Amiel i Suïssa» (28, pp. 8-9. Gener, 1930).

Tras la guerra civil, hasta 1943, Eduardo Ranch se impuso una especie de retiro expiatorio en su casa de La Vilavella, aplicándose por convicción cívica a la difícil recuperación de su patrimonio agrícola al tiempo que seguía cultivando sus devociones literarias y musicales.

No llegó a publicar libro alguno, si se exceptúa su folleto *Centenario de la estancia de Franz Liszt en Valencia* (1945)⁸. Fue, en cambio, un empedernido grafómano en su intimidad. A sus géneros predilectos —el epistolar y el diario— se suman numerosas notas bibliográficas apuntadas por doquier: en pequeños cuadernos, en las guardas de los libros que adquiría con curiosidad de bibliófilo y fruición de coleccionista. Su proyecto más definido fue una biografía de Pío Baroja. En su preparación acudió epistolariamente al escritor, localizó los diversos domicilios que su familia habitó en Valencia entre 1891 y 1894, visitó los lugares barojianos, interrogó a testigos, removi6 el archivo universitario y las hemerotecas de su ciudad... Por fin, comenzó a ordenar y redactar la parte de su documentación que afectaba a las relaciones del novelista con Valencia en su vida y en su obra. El resultado de sus pesquisas se conserva bastante elaborado en diversos borradores de su archivo, de los que adelantó aspectos parciales en una breve serie de artículos de los años cincuenta, y en alguna conferencia inédita⁹.

Apropiarse de Baroja reverencialmente como valenciano comportó en Ranch diversas prácticas que afectaban tanto a la erudición como a la emoción derivada de la estima personal: su mayor esfuerzo se centró en reivindicar al escritor vasco explicando a sus paisanos el sentido de su aparente antipatía hacia Valencia, a partir de su presencia y recuerdos juveniles en la ciudad, de los escenarios valencianos de sus novelas, de su actuación en Valencia

⁸ Valencia: Impr. La Semana Gráfica, 1945, 24 pp.

⁹ Eduardo Ranch, *Pequeños estudios barojianos. Vida de Baroja en Valencia* (1936). Conferencia inédita. 27 hojas mecanografiadas (Arch. familia Ranch). — «El novelista en la ciudad. Pío Baroja y Valencia». *Valencia-Atracción*, 192, pp. 5-7. Enero, 1951. — «El novelista en la región. Pío Baroja y Valencia». *Ibíd.*, 203, 2-3; 204, 4-5, y 205, 14-15. Diciembre 1951, enero y febrero 1952. Extraña que ni éstos ni otros artículos barojianos publicados en la prensa valenciana por Eduardo Ranch consten en la extensa «Bibliografía» que preparó Jorge Campos para *Baroja y su mundo* (Fernando Baeza, dir.), Madrid: Arión, 1961, I, pp. 323-377, ni en las adiciones introducidas por Luis Urrutia Salaverri en *Guía de Pío Baroja. El mundo barojiano* (ed. de Pío Caro Baroja). Madrid: Caro Raggio-Cátedra, 1987, pp. 189-258.

como político radical... Pero tanto o más se esforzó por participar, servicial y solícito, en la vida de los Baroja de manera más directa, enviándoles fotografías que les recordasen su estancia en la ciudad o en Burjassot a finales del XIX, obsequiándoles con naranjas de sus huertos en las navidades de la postguerra, atendiendo a Julio Caro en sus juveniles incursiones etnográficas por Valencia o buscando adecuado alojamiento a Ricardo Baroja y a Carmen Monné cuando —en 1945— proyectaron invernar en el pueblo-balneario de La Vilavella de Nules. Aproximarse él y los suyos a aquella familia que juzgaba modélica en el plano intelectual y, aún más, soñarse personaje de algún texto de Pío Baroja, o comprobar que alguna de las informaciones que le facilitaba discrecionalmente llegaba a deslizarse en alguna de sus novelas le producía indecible satisfacción.

Una admiración agradecida, en suma, que en Ranch Fuster se daba de manera muy consciente, sintiéndose raro en un contexto cultural donde era más habitual la crispación que la adhesión admirativa:

«Me figuro que los escritores españoles deben recibir más cartas de protesta que de admiración... El español... parece que tiene vergüenza de admirar. Un amigo mío, hombre bueno, admira mucho a un escritor famoso y cuando le ve por la calle le sigue despacio y si el escritor se para, se para él también. Nunca se ha atrevido a acercársele o a escribirle, pero si toda su admiración fuese nada más en una cuarta parte antipatía o desacuerdo ya le hubiera comunicado su discrepancia o nos la hubiera contado en un artículo. Esto sin contar los que visitan a un escritor o artista que les recibe amablemente y luego escriben de él con insidia»¹⁰.

UN EPISTOLARIO DE MADUREZ (1933-1955)

No abundan las cartas de Pío Baroja publicadas¹¹ y menos en series tan extensas como la presente, compuesta por noventa y cin-

¹⁰ E. Ranch, *Pequeños estudios barojianos. Vida de Baroja en Valencia*, loc. cit., hoja 13.

¹¹ La única serie importante (dieciocho cartas) es la correspondencia dirigida a José Martínez Ruiz entre 1901 y 1903, que se conserva en la Casa-Museo Azorín de Monóvar. La dio a conocer Camilo José Cela: «Breve noticia de un curioso

co documentos, de los que treinta y nueve corresponden al novelista, cruzados entre el 12 de febrero de 1933 y el 27 de diciembre de 1955¹². La proporción de 1,43 cartas enviadas por Ranch por cada una recibida de Baroja no parece descompensada si recordamos que la iniciativa siempre corresponde al admirador. Como puede apreciarse en el siguiente esquema, durante los años anteriores a la guerra civil hay una tendencia al equilibrio, pero a principios de los cuarenta un Baroja más frágil, aislado y receloso, desde Francia o recién regresado a Madrid, se acoge de buen grado a la amistad que se le brinda, llegando a sobrepasar en algunos momentos la frecuencia epistolar de su corresponsal:

Años	1933	34	35	36	37	38	39	40	41	42	43	44	45	46	47	48	49	50	51	52	53	54	55	56	Total
Cartas E. RANCH	1	3	4	2	-	-	1	3	3	5	4	2	3	4	2	3	2	3	4	2	1	1	3	-	56
Cartas P. BAROJA	1	3	2	2	-	-	-	4	2	6	2	1	1	3	1	1	3	1	3	2	-	-	1	-	39
TOTAL	2	6	6	4	-	-	1	7	5	11	6	3	4	7	3	4	5	4	7	4	1	1	4	-	95

Pío Baroja no se mostró incomodado por la solicitud inicial de Eduardo Ranch, antes bien respondió a ella regularmente hasta el punto de que este epistolario no sólo prueba la fidelidad del lector, sino también —contra todo tópico— la abordabilidad del escritor, que no tardó en recibirlo en su casa de la calle Mendizábal (16-12-1934) prodigándose a partir de entonces recíprocas atenciones familiares.

epistolario de Baroja a Martínez Ruiz». *Papeles de Son Armadans*, XII, 1972, pp. 211-231, y fue incorporada más tarde al libro de José Rico Verdú *Un Azorín desconocido. Estudio psicológico de su obra*. Alicante: I.D.E.A., 1973, pp. 187-196.

¹² En el Archivo de la familia Ranch se conservan las cartas originales de Pío Baroja y la transcripción del *Epistolario* completo en varios cuadernos con glosas y apostillas, todo de puño y letra de Eduardo Ranch Fuster. Tal meticulosidad responde a una convicción explícita del epistolómano: «Soy de los que creen que muerto un escritor y cuando ya pudiera parecer que todos los aspectos de su obra han sido dados al público, aún puede no obstante quedar algo desconocido, que iguale o supere acaso, a su obra publicada. Me refiero a sus cartas particulares...». Cf. Eduardo Ranch, «Sobre una carta de D. Miguel de Unamuno». *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, XXVII, 3 (Jul.-Sept., 1951), p. 232.

UNA VISITA A PÍO BAROJA EN 1934

De aquella visita Ranch dejó abigarrada constancia en los cuadernos de su epistolario barojiano ¹³, privilegiado instrumento para ensayar una fenomenología de la admiración literaria. La conversación, fluida y desordenada, versó sobre política y literatura, sin olvidar las imprescindibles referencias valencianas. Las glosas del visitante revelan rasgos fundamentales de la psicología admirativa, pero también permiten adivinar detalles de la personalidad del escritor: abnegación filial ante la madre enferma; inquietud de pequeño accionista que ve depreciadas sus inversiones en la siderurgia saguntina; reflejo de temor por los futuros efectos de la radicalización socialista (Largo Caballero) tras el agotamiento del bienio reformista; cazarra complacencia al admitir que sus libros en 1934 se vendían mejor que las novelas populistas de Pedro Mata o de Zamacois; residuos de orgullo antiacadémico pese a que, como miembro electo, estaba preparando su ingreso en la Corporación...

Baroja se mostró sarcástico con los viejos republicanos («yo fui una temporada del Partido Radical. No pude seguir porque eran todos unos sinvergüenzas»), e irritable con los socialistas («¡estos austeros!»). A pocas semanas de los sucesos de octubre, la Revolución de Asturias le afectaba ante todo como una carencia narrativa: «Sí, sí, muy dramática, pero no han sabido contárnosla con orden: sucedió primero esto y luego lo otro. Por el contrario contaban una cosa y la volvían a contar y la mezclaban con otra.» Desdeñoso con Lerroux, circunspecto al mencionar a Azaña, Gil Robles o Alcalá Zamora, resumía su pesimismo con lamentos de viejo sabor regeneracionista: «¡No se ve una cabeza en España, no se ve una cabeza!».

Ranch confiesa en sus anotaciones que su emocionada satisfacción por hallarse en plática privada con el escritor había llegado, en algún momento, a alterar su atención hasta el punto de hacerle perder el hilo de la conversación. En realidad le bastaba con oírle hablar:

«Baroja habla con voz grave y con gestos muy expresivos: sonríe y ríe muy a menudo y hay en sus ojos la zumba y la alegría de algún personaje suyo..., yo diría que Baroja es Lecochandegui el jovial. Únicamente en algún momen-

¹³ Arch. Ranch, *Epistolario de Pío Baroja* (manuscrito), cuaderno 1.º, pp. 110-149.

to tiene un gesto de malhumor... (*al hablar del general Burguete*). Es cuando noté al Baroja protestatario y rebelde a las farsas y a las injusticias, pero pasó pronto. Sus risas a veces y sus protestas eran movimientos o gestos rápidos, nerviosos. Lo permanente era la mirada jovial y alegre y el gusto y la palabra natural.»

Don Pío estaba irritado porque el general Ricardo Burguete —uno de los pocos militares intelectuales del fin de siglo— se las quería dar de liberal después de haber dicho «*en una huelga del Norte que perseguiría a los obreros como alimañas*». El novelista, entre exabruptos, relató a su interlocutor algunos enredos de la vida privada de Burguete que Ranch oyó con recogimiento pero —al modo deshumanizado— más pendiente de la forma que del contenido con el consiguiente detrimento de la intelección:

Siguió hablando del general Burguete y me dijo que era o había sido bígamo: además que habiendo sido casado primero con una mujer y luego con una hermana suya, a una hija que tuvo de una de ellas la inscribió a nombre de la otra.

Yo aquí me distraje un poco, pues encantado con que Baroja me contara una pequeña historia novelesca al modo de las que él escribe, y de oírsele contar a él, presté entonces más atención al modo de decirlo que a lo que decía: y el goce de escuchar me privó de atender a lo que dijo.

La admiración de Ranch por Baroja le lleva a incurrir formalmente en el placer del asentimiento metódico, mientras en su fuero interno pugnaban la disculpa y la discrepancia ante los juicios arbitrarios, en el fondo no compartidos, que formulaba el escritor. El mimetismo del admirador se pone particularmente de manifiesto cuando corrobora las opiniones de don Pío matizando o rectificando las propias para no contrariarle, aun tratándose de cuestión tan asumida por él como la del valencianismo político:

«—Y en Valencia, ¿hay muchos regionalistas?

—Yo creo que aumentan, le dije.

—Y ¿aumentan?, dijo con sorpresa. Yo creía que no.

—Bueno, le dije: si antes había un número pequeño ahora son más, pero en cambio creo que al difundir por los pueblos periódicos como *El Mercantil* la labor de castellanización es mucho mayor que la que los valencianistas hacen en sentido contrario.

—Igual ocurre en Vizcaya: el número de nacionalistas aumenta...»

En el aspecto literario Baroja se quejaba de los editores españoles «... *que todo lo ven en pequeño*» y de la escasez de lectores. A propósito de esto habló con simpatía de la modestia de Galdós cuya obra debía leerse «*aunque luego guste o no guste: eso es otra cosa. Galdós aparentaba saber menos cosas de las que sabía, al contrario que yo que escribo de más cosas de las que sé... (Galdós) sabía muchas cosas y las callaba por una, digamos discreción*». Recordaba Baroja que durante el estreno de *Electra* (1901) había comentado a don Benito la gran popularidad que le iba a prestar aquel éxito. «—¿De veras? —dijo Galdós—, pues me tendré que ir al extranjero. Y es que Galdós quería tener el suficiente éxito para alcanzar renombre pero no tanto que le produjera molestias.»

El momento más delicado de la conversación se produjo al arremeter don Pío contra los finos prosistas de su generación. Ranch, confuso y desconcertado, también rendido admirador de todos ellos, no terminaba de dar crédito a lo que oía y —como buen barojiano— acabó por restar importancia a las palabras del escritor, tratando de justificarlas y de justificarse a sí mismo en secreta palinodia:

Baroja tuvo unas palabras desdeñosas para los estilistas literarios: habló en conjunto de Miró, Valle Inclán, Azorín. No recuerdo las palabras, pero sí me chocó que citase a Azorín por su gran amistad. Claro que hablaba de una tendencia literaria que a él no le complacía y en la que para nada entraba lo personal: además, muy ligeramente pasó sobre esto en general y a Azorín le nombró junto con otros. Recuerdo que después hablé yo del *Tirano Banderas* de Valle Inclán. Baroja hace un gesto muy expresivo con la cara y las manos.

—¡Uf! No pude pasar de las primeras páginas.

Yo que estaba ya sugestionado por la conversación le dije a Baroja:

—A mí me ocurrió lo mismo.

No es verdad: a mí no me ocurrió esto ni a Baroja probablemente tampoco: pero Baroja tiene otra estética en sus novelas y yo estoy muy cerca de lo que piensa Baroja aunque también me gusta mucho Valle Inclán, como probablemente le ocurrirá a Baroja.

Al abandonar la casa del novelista el deslumbrado visitante trataba de dar sentido a su perplejidad reforzando las bases de su admiración:

Es extraordinario que un hombre esté hablando mal de casi todo el mundo (excepto de Dostoyevsky y de Cajal) y que al dejarle nos deje una impresión de ternura, de bondad y de conciencia justa y recta.

FASES Y CONTENIDO DEL EPISTOLARIO

En el epistolario que comentamos cabe distinguir cuatro fases:

1.^a: 1933-1936. Fase de contacto y aproximación. Predominan las precisiones sobre asuntos valencianos más o menos relacionados con la biografía de don Pío. Eduardo Ranch remitió su primera carta en febrero de 1933 con el doble pretexto de enviarle una reseña suya de *La familia de Errotacho* publicada en *El Mercantil Valenciano*, y de aclarar un pasaje de *Los visionarios* (1932, 1.º, 3) en el que Blasco Ibáñez no salía muy bien parado. Baroja le respondió casi a vuelta de correo (12-2-1933) facilitándole sus fuentes de información acerca del mismo y evocando con antipatía sus escasos encuentros con Blasco. Más de un año después (julio de 1934) Ranch vuelve a escribir para remitirle su reseña de *Siluetas románticas* (*La Correspondencia de Valencia*, 5-7-1934) y para avisarle de una errata en *Los mendigos* (*Ahora*, 8-6-1934), artículo de Baroja recogido más tarde en *Vitrina Pintoresca*, donde se nombraba como *calle del Lirio* uno de los domicilios valencianos de Baroja: la calle de Liria. Ranch manifestaba también su deseo de ver al escritor en la Academia de la Historia. Éste le respondió desde Vera el 29-7-1934:

«... Quizá hace veinte años me hubiera gustado mucho ser de la Academia de la Historia para hacer investigaciones sobre sucesos y tipos del siglo XIX pero ahora se me van pasando el entusiasmo y las condiciones para ser investigador y trabajador. He traspasado este entusiasmo a mi sobrino Julio, hijo de mi hermana, que tiene diez y nueve años y está en plena fiebre de erudición. Yo ya estoy viejecillo para estos trotes, con mala vista y facilidad de cansarme...».

Posterior misivas contienen fotografías y croquis de la Valencia barojiana, alguna revista de prehistoria castellonense para uso de Julio Caro, invitaciones para asistir a la recepción de Pío Baroja en la Real Academia Española —minuciosamente descrita en los pape-

les inéditos de Ranch—, petición de un ejemplar del discurso de ingreso, pésame por la muerte de doña Carmen Nessi... En 1936, ya de vuelta a tierras valencianas, Ranch intensifica sus pesquisas biográficas preparando auténticas encuestas a las que Baroja da puntual cumplimentación: destacan en ellas la noticia del viaje preparatorio de *Camino de perfección*, hacia 1901 —con Azorín en Monóvar y Yelcla, con Leandro Alloza en Castellón y Benicasim— y el vago recuerdo de su participación en el mitin radical del frontón Jai Alai de Valencia en 1910. Como muestra del grado de relación existente por estas fechas, véase la última carta de Baroja antes de trasladarse a Vera para pasar el imprevisible verano de 1936:

«Madrid, 3 de junio de 1936.

Sr. D. Eduardo Ranch.

Mi distinguido amigo: Recibí un poco tarde su carta de Vd. con los datos sobre Liszt cuando ya había enviado mi último artículo sobre Iriadier.

Estos días he andado haciendo preparativos para marcharme a Vera y como soy un hombre tan poco activo cuando tengo que hacer algo fuera de casa se me quitan las ganas de escribir. Por eso he tardado unos días en contestarle.

Voy a dejar la colaboración del periódico *Ahora* durante el verano porque no tengo asuntos de qué tratar y no me quiero meter en el campo de la política. Con censura arriba y despotismo y cerrilidad abajo es muy difícil escribir algo decente e independiente.

Yo creo que si esto sigue así la literatura y las artes todas van a andar muy mal en España. Antes si no había gran afición se simulaba un poco ésta, ahora ni se simula siquiera y se ve que la gente no se preocupa más que de las cosas inmediatas de la vida. Ya se comprende que uno no lo va a arreglar.

Veo que ha hecho Vd. unas investigaciones retrospectivas en Burjasot muy curiosas.

A veces se me ha ocurrido hacer una novela así. Dar un hecho vulgar ocurrido hace cuarenta años y después de pasados éstos investigar sus caracteres, sus detalles y su origen. La cosa tiene que ser muy difícil en el plano de la realidad y también muy difícil en el de la fantasía.

Le saluda muy atentamente su afmo. PÍO BAROJA.

Desde el 10 al 15 en adelante mis señas son: Vera de Bidasoa (Navarra)».

2.ª: 1939-1942. Fase de consolidación, que alcanza momentos de espontánea confidencia y considerable franqueza. Se inicia con un

extensísimo memorial de Ranch (17-7-1939) refiriendo a Baroja aspectos de la guerra en la retaguardia valenciana con la intención manifiesta de documentarle para futuros escritos. Esta carta, reexpedida por Julio Caro desde Vera a París, llegó a manos del novelista pero su contestación, tal vez interceptada por la censura, nunca alcanzó su destino. Insistió Ranch (8-2-1940) escribiéndole directamente a la capital francesa con mejor suerte. El 1.º de marzo recibía en La Vilavella una de las cartas de mayor interés biográfico de su correspondencia con Baroja, que le transmitía sus justificados recelos ante la posibilidad de regresar a España. Testimonio en el que se entretejen con desgarró la dignidad personal, el escepticismo ante la situación española y el deseo de supervivencia intelectual, aderezado todo con algún sarcasmo. El escritor afronta la ineludibilidad de su compromiso cívico con esa lógica —tan suya— del hombre-particular que se mantiene alejado de la política y no quiere aceptar que su independencia pueda ser precisamente la razón de verse a merced de oscuras pasiones provincianas a las que teme más que a las bombas. La transcribo íntegra:

«[París] 20 febrero de 1940

Sr. D. Eduardo Ranch.

Mi querido amigo:

Recibí hace meses su carta y la contesté enseguida. Supongo, por lo que me dice usted, que mi respuesta se perdería porque hubo una época en que el correo anduvo muy mal. Aproveché algunos datos de su carta en una novela que se ha publicado en Buenos Aires, titulada *Laura o la soledad sin remedio*. Por cierto que la casa editorial perdió el epílogo de esa novela y se ha publicado sin él. Se ve que en esa cuestión de las ediciones, España y los países americanos estamos a la misma altura. No interesa la labor literaria. Yo creo que si esto sigue así en los países latinos se va a acabar con ella. El folleto de que me habla usted que se publicó en Barcelona, me lo dieron en España. Aquí el redactor de *Les Nouvelles Littéraires*, me habló vagamente de él.

A mí me escriben algunos diciéndome que vaya a España. Yo volveré cuando vea que el ser liberal no es obstáculo para vivir ahí. Yo no he pretendido nunca una situación de privilegio ni considerarme tampoco como un hombre de valor político, estilo Unamuno con la Dictadura de Primo de Rivera.

Yo encuentro lógico que el Gobierno exija a sus subordinados la adhesión completa y su colaboración, pero no al particular.

El Estado debía decir a cada persona: haga usted su oficio libremente, lo mismo si es usted escritor que si es carpintero. Si es usted escritor, viva usted escribiendo; tendrá usted la sanción del público si gusta o no gusta y la del Código Penal si entra usted en lo vedado. En lo demás libertad. Mientras no se vea esa libertad me parece más prudente quedarse fuera. A mí también me gustaría entrar en España con todos los españoles que quieran ir sin que esto se considere ni un favor ni un privilegio.

Algunos se escaparon de aquí, cuando el anuncio de los bombardeos aéreos. A mí la verdad, los peligros colectivos como bombardeos de la clase que sean no me dan tanto miedo como los peligros individuales. Estos que tienen nombre y apellido son los que más me inquietan. Que un zapaterillo de Vera, el confitero o el panadero, para hacer méritos, inventen un enredo y lo denuncien me escama mucho hoy lo mismo que ayer. Me dicen que el espíritu de España ha cambiado mucho pero hay que esperar a que el cambio se manifieste claramente.

Estoy escribiendo en *La Nación* de Buenos Aires con cierta periodicidad y en algunos otros periódicos americanos. Me dedico a hacer reflexiones filosóficas y literarias y he visto que en ese periódico donde colaboro me llaman gran pensador, lo que me ha parecido un tanto cómico.

Celebro que haya un pequeño círculo de amigos ahí que lean mis libros, que no me consideren demasiado como una oveja sarnosa.

De usted afectísimo amigo Pío BAROJA.
18 Clément Marot. Paris (VIII).»

Como es sabido, la resistencia de Baroja cedió ante el avance de las tropas alemanas. Tras una melancólica carta fechada en Bayona el 27-5-1940 («... *Malos tiempos son estos para la literatura y para las artes y me parece que no mejorarán, si mejoran, más que pasados muchos años. Yo al menos no espero ver la mejoría...*»), el novelista ya en el mes de octubre desde Madrid, comunicaba su regreso y su abatimiento a Eduardo Ranch:

«... Yo entré en España el 25 de junio. La vida en Francia comenzaba a ser difícil. He estado en Vera hasta el comienzo de esta semana en la que he venido a pasar el invierno. No sé lo que haré después. La vida va a ser bastante difícil para todos, hasta para los que nos contentamos con comer poco y dormir bajo techado...»

Pese a todo, Baroja va recuperando su actividad, como deja entrever el epistolario: responde a nuevos cuestionarios biográficos

que le remite Ranch (19-12-1940 y 2-12-1941); está escribiendo dos novelas (19-12-1940); acude a Barcelona a dar una conferencia (14-5-1941); inicia la redacción de sus *Memorias* (2-12-1941); recibe la oferta de preparar sus *Obras Completas* (13-4-1942)... Incluso insinúa a Ranch la posibilidad de un corto viaje primaveral al Mediterráneo (2-12-1941 y 3-1-1942), y a éste le entusiasma la idea de recibirlo en su casa de La Vilavella. El viaje se frustró finalmente por el «exceso de trabajo» del escritor que no podía rehusar proyectos inesperados de trabajo debido a su falta de «medios»¹⁴:

«Madrid, 13 de abril [1942].

Sr. D. Eduardo Ranch.

Mi querido amigo: Mucho le agradezco a Vd. su generoso ofrecimiento pero me parece que no lo voy a poder aprovechar aunque con pena. Llevaba ya algún tiempo preparándome para el viaje primaveral y reuniendo algún dinero aunque poco. Me habían fallado varios intentos de trabajo y ya pensaba que nadie me buscaría por ahora para nada cuando hace unos días se presentan dos editores, uno que quiere publicar mis obras completas (Ruiz Castillo) y que quiere que yo colabore con él. No sé si esto será viable. El otro, Manuel Aznar, que me propone publicar unas *Memorias* que dije yo que estaba haciendo y que ofrecí al editor mío y que no las quiso por considerarlas impublicables. Él cree que las podrá publicar y en una revista semanal. Con esto de no tener nada que hacer me voy a encontrar con demasiado trabajo. Tengo que cambiar de plan, cosa que me pasa con frecuencia. Yo no acierto a dirigir mi vida de una manera metódica. No hay más remedio que contar con los proyectos de los demás, sobre todo cuando no se tienen medios.

Ya sabe Vd. lo mucho que agradezco su proposición. Quizá en otoño pueda marchar a verle a su casa.

De su amigo y muy devoto Pío BAROJA.

Alarcón, 10 - pral. A - izda.»

¹⁴ Acerca de la situación económica de Pío Baroja por estas fechas véase el testimonio de su propio editor, José Ruiz-Castillo Basala: «Baroja carece de suficientes recursos económicos ni aun para subsistir con el mínimo decoro a que está acostumbrado en su austeridad. Conviene con Biblioteca Nueva que se le facilite una modesta mensualidad a cuenta de sus futuros derechos de autor, cuando puedan publicarse sus obras completas» (*El apasionante mundo del libro. Memorias de un editor*. Madrid: Agrupación Nacional del Comercio del Libro, 1972, p. 232). Esta situación cambió sustancialmente a partir de 1946, en que el novelista comenzaba a reconocer que «al final de su vida por primera vez andaba sobrado de dinero» (*Ibíd.*, p. 237).

En 1941 fue demolida la casa de la valenciana calle de Samaniego en la que vivieron los Baroja en su juventud. Eduardo Ranch recogió un fragmento de la jamba de la puerta y, recordando algo que había hecho Pau Casals con otra piedra de la casa de Beethoven, encargó al escultor Alfonso Gabino un retrato en bronce de Pío Baroja en forma de placa cuadrangular, que montó en la referida piedra y que hoy todavía se conserva en su Archivo-Biblioteca. El 14 de junio de 1942 envió al escritor una fotografía del conjunto calificándolo muy significativamente de *«pequeño monumento a la admiración por su obra y a la amistad de usted»*. Cuatro días después un Pío Baroja entre sorprendido, tierno, tímido, escéptico y —en cualquier caso— sensible a aquel insólito monumento a la admiración privada, le respondía con simpática sorna:

«... La placa del escultor Alfonso Gabino debe de estar muy bien. Es Vd. un hombre muy amable. A mí casi no me conviene que haya muchos como Vd. porque me haría demasiadas ilusiones y luego al salir a la calle y al comprobar que nadie le conoce a uno y que los pocos que le conocen le miran con más antipatía que otra cosa tendría uno su correspondiente decepción. Vale más vivir en el limbo y pensar sólo en que todo puede ser...»

En cartas sucesivas Baroja —casi septuagenario— comienza a quejarse de su salud, de pérdida de memoria, de vértigos e insomnios, de flojera orgánica; comienza a hablar del reuma, del ácido úrico y de la urotropina... Los últimos meses de 1942 —en que la correspondencia se intensifica— lo muestran especialmente deprimido:

«... Este otoño no me encarrilo. Yo soy un hombre que podría decirse que es de corriente alterna. Tengo mis puntos muertos de pesimismo. Ahora estoy en uno de esos momentos de inercia. Hace frío, no tengo que leer, ni gente con quien hablar y me contento con buscar una vía vegetativa y pasear solo por el Retiro... Ya veré si por arte mágica desemboca uno en una época de optimismo...» (27-11-1942).

Sin aparente éxito, Ranch trata de reconfortarlo al homeopático modo con el extenso relato de sus propias desilusiones como músico frustrado, que, pese a todo, había tenido la suerte de encontrar el mejor refugio en la lectura de sus novelas:

«... Ya veo por su carta —*le responde Baroja, 20-12-1942*— que V. también es como yo de la tribu de los tarados. Es curioso que ya en nuestra época no haya tipos con inclinaciones artísticas o literarias que no tengan su tacha grande o pequeña. Somos como la fruta que viene ya picada con la mosca mediterránea o con algún otro parásito impertinente y desagradable...

... Desde un punto de vista económico los escritores viejos no andamos tampoco muy boyantes. Los de la acera de enfrente, de nuestra edad, nos dicen que hemos fracasado y los jóvenes aseguran que estamos muertos...»

Por estas fechas la correspondencia barojiana de Eduardo Ranch se bifurca en una segunda serie epistolar con Julio Caro Baroja (del que se conservan treinta y nueve cartas hasta 1965) y a quien aquél y su familia sí tuvieron ocasión de recibir en La Vilavella y en Valencia mediados los años cuarenta. Esta nueva relación epistolar cumplió una doble función en el interés de Ranch: por un lado, la posibilidad de complementar una información indirecta del novelista a través del sobrino; por otra, cultivar un nuevo foco de amistad activa que —hacia 1945— le permitió convertirse en una especie de desinteresado comisario castellonense del Museo del Pueblo Español para el que buscó y mandó restaurar herramientas, aperos de labranza y otros objetos de interés etnológico.

3.^a: 1943-1949. Fase de relativo optimismo en la que Pío Baroja tiende otra vez a mostrarse despierto, embarcado en nuevos proyectos. Inversamente disminuye la frecuencia de sus cartas. Por parte de Ranch vuelven las aclaraciones biográficas: opiniones musicales de don Pío y, sobre todo, el difícil empeño de recomponer el expediente académico del escritor en la Universidad de Valencia. Un capítulo de las *Memorias* de Baroja en *Semana* sale ilustrado con una fotografía hecha por Ranch y en septiembre de 1943 el escritor le obsequia con un manuscrito (borrador intermedio, mecanografiado con correcciones autógrafas) de su novela *Susana*, lo que le produce una gran satisfacción. En febrero de 1944 Baroja sigue afanado: estaba terminando una novela y había pasado por censura *Canciones del suburbio* «*en donde hay muchos romances de ciego y cosas parecidas. Supongo que tardará un mes o mes y medio en salir a la calle. No espero que me dé muchos cuartos...*» Un año después, Eduardo Ranch se siente colmado al leer su nombre en el segundo volumen de las *Memorias* del novelista (11-3-1945):

«... Esto de encontrar el nombre de uno en las páginas de un libro del autor preferido y muy leído, durante mucho tiempo ya, iba a decir que es un placer de dioses, pero pienso que es todavía mejor, puesto que es probablemente un placer más auténtico... En fin, el caso es que he acabado siendo un personaje de un libro de Baroja. Pero personaje en las Memorias, que es como si dijéramos en carne y hueso...»

La satisfacción le anima a confesar a don Pío su identificación con una obra de la que se siente partícipe y que trata de remedar en sus modestos artículos valencianos, reclamando la condición de *discípulo*:

«... (de discípulo que, claro es, puede ser bueno o malo). En efecto: los diversos trabajos que he publicado... los creo nacidos bajo la remota influencia de los trabajos que publicaba Vd. en *Ahora* y cuyo *charme* me seducía de modo apasionado... Sería demasiado aspirar a que mi trabajo tuviese el *charme* y la seducción que tienen sus escritos, mas en todo caso, si un poco de esto tuviese, sería tal vez un encanto reflejo...» (18-1-1946).

Pero el asunto central de la correspondencia en este período es la esperanza de que Baroja obtuviera el Premio Nobel de Literatura. Ranch, que se había puesto en comunicación con Josep Pla, envió a don Pío artículos de éste, de Augusto Assía, de Jacinto Benavente, de Zunzunegui, que el escritor aseguraba no conocer.

«No acierto a adivinar —*se preguntaba Ranch*— cuál es el sector que se opone a que le concedan a usted ahora dicho premio: ¿los rojos?, ¿el clero?, ¿los monárquicos?, ¿los republicanos? ¡Cualquiera lo acierta desde este pueblecito!» (23-5-1946).

El novelista, acomodado en su ataraxia, durante todos estos años se mostraba poco inclinado a confiar en tales especulaciones:

«... Yo ando ahora tan retirado de la circulación que no me he enterado de lo que ha escrito Pla en Destino en donde al parecer ha hablado de la posibilidad de que me den a mí el premio Nobel. Por Navidad me escribió un profesor sueco, que ha traducido a su idioma dos o tres libros míos, que había una solicitud para que me dieran a mí el premio. Yo creo que no lo dije ni a la familia porque me pa-

recía una cosa muy fantástica. Desde aquí no creo que puedan hacer presión ni a favor ni en contra.

Supongo que si me dieran a mí ese premio, que es cuantioso y que no espero ni mucho menos que me lo den me quedaría en una gran perplejidad y sin saber qué hacer...» (26-5-1946).

«... Yo no tenía ninguna esperanza en el premio Nobel, así que no me ha defraudado. Cuando ya toma uno en la vida un trote cochinerito empieza uno a preferir que todo siga igual y no le pase nada no sea que las novedades le perturben la existencia...» (29-12-1946).

«... No creo que yo llegue a tener el premio Nobel, principalmente porque los escritores españoles no tenemos ningún prestigio ni en el país ni fuera del país. Esta última guerra ha desarrollado la xenofobia en todos los países... Se ha desarrollado el chauvinismo de una manera absurda y es posible que en vez de disminuir, aumente. Aquí en España, con lo cara que es la imprenta y con el poco público que hay la literatura queda reducida a nada...» (30-12-1949).

4.^a: 1950-1955. Fase de agotamiento. A partir de la muerte de su hermana Carmen el escritor deja de responder de modo progresivo a las cartas que recibe. Ranch, no obstante, mantiene regularmente su correspondencia y vuelve a sus consultas biográficas y a otras fantasías con ánimo de distraerle. Las escasas respuestas de Baroja son breves y patéticas, su memoria se desmorona. La época ya es para él definitivamente «*mediocre y siniestra... llena de inquietudes y amenazas*», sin otro refugio que el de la escritura. Sus fuerzas se apagan, mas aún conserva un reflejo de libertad creadora para revolverse contra la censura en defensa de su obra:

«Yo sigo escribiendo a pesar de tener ya setenta y ocho años, cosa seria, que no es una edad de optimismo ni de ilusiones. No hay ante mis ojos otra cosa que me pueda servir de distracción...» (17-1-1951).

«Yo me paso la vida metido en casa y escribiendo, pero la censura se me echa encima y me cortan el texto aquí o allá. Uno cree que si le suprimen algo el texto se estropea. Puede que sea una ilusión, pero es comprensible que el que hace algo bien o mal piense que si le cortan algo en su texto queda cojo o manco...» (2-1-1952).

Eduardo Ranch lo visitó por última vez en su casa de Ruiz de Alarcón en marzo de 1953, meses antes del fallecimiento de su

hermano Ricardo. Desde entonces sólo recibió una última carta del novelista, manuscrita, fechada el 28 de enero de 1955: «... *Tiene uno ochenta y dos años. Son ya muchos para escribir y aun para vivir...*».

En los límites de este artículo no resulta fácil dar cumplida cuenta de la riqueza documental y de los matices afectivos de tan peregrina amistad como la sostenida por Pío Baroja y Eduardo Ranch Fuster durante más de veinte años, fundada en la admiración y en la benevolencia y que —por añadidura— coincide con algunos de los momentos más controvertidos de la vida del novelista. Sirva al menos nuestra exposición como primera noticia de este curioso *Epistolario*, cuya edición completa, preparada por Amparo Ranch Sales —hija del musicólogo valenciano y conservadora de su archivo— con la colaboración de quien esto escribe, espera la suerte de alcanzar la luz pública en un futuro próximo.